

HACED LO QUE YO OS DIGO,
PERO NO HAGÁIS LO QUE YO HAGO
por Francisco-Manuel Nácher

En términos generales, todos pensamos que somos perfectos. Y ésa es la explicación de que nos permitamos juzgar y criticar y hasta condenar a otros, viendo siempre la paja en el ojo ajeno y sin ver casi nunca la viga en el propio.

Pero, hasta que no nos convenzamos de nuestra imperfección congénita, nos será difícil – por no decir imposible – dar un paso adelante en nuestra propia evolución.

El único ser que pudo decir, sin reservas, “*haced lo que Yo os digo y lo que Yo hago*” fue el propio Cristo. Por eso pudo completar la frase añadiendo: “...*porque Yo soy el Camino*”.

Y por eso, los pocos que han llegado a aceptar su propia imperfección, enfrentados con esa voz interior que les inclina a compartir conocimientos, se han de debatir, necesariamente entre, o no decir nada, no aconsejar nada, no sugerir nada, o exponerse a ser tildados de hipócritas, fariseos o sepulcros blanqueados.

Por eso se ven obligados a pronunciar esa frase, a la vez tan honesta, paradógica y mal interpretada de: “*Haced lo que yo os digo, pero no hagáis lo que yo hago*”.

Ése es, por lo visto, el precio que ha de pagar todo el que, consciente de sus imperfecciones y subsiguientes errores, descubre algo que él cree valioso e intenta honestamente compartir con sus hermanos para ayudarles en su camino.

* * *